



**Palabras pronunciadas por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la inauguración del nuevo
Seminario San Carlos y San Ambrosio.**

**La Habana, 3 de noviembre de 2010
Vísperas de la Festividad de San Carlos Borromeo.**

General de Ejército Raúl Castro Ruz, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros y otras autoridades del Gobierno

Distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático,

Representantes del mundo de la cultura y otros invitados de Cuba y de distintas partes de América y Europa

Queridos hermanos Arzobispos y Obispos,

Queridos hermanos y hermanas todos:

El sueño que abrigó en su corazón mi ilustre predecesor, el Cardenal Manuel Arteaga y Betancourt, y que él pudo materializar al inaugurar el Seminario de El Buen Pastor en el año 1945, de tener un seminario que pudiera formar adecuadamente a los nuevos sacerdotes de Cuba, no pudo tener continuidad, pues la parte suroeste de la ciudad de La Habana, donde estaba enclavado el seminario, fue declarada zona de defensa en el año 1966.

Los seminaristas tuvieron que ocupar entonces de nuevo la antigua casa del Seminario San Carlos y San Ambrosio, que había pasado a ser residencia del Arzobispo de La Habana con diversos servicios pastorales allí instalados. Ese venerable edificio, donde se había fraguado el pensamiento nacional cubano, resultaba ya inapropiado para albergar a los jóvenes estudiantes que se preparaban al sacerdocio, debido al nuevo uso al que había sido adaptado y para el que sirvió durante más de dos décadas. La necesidad hizo, pues, readaptarlo con premura, del mejor modo posible, para que retomara su antigua función de alojar a los futuros sacerdotes de Cuba que se preparaban allí a su misión. A esta tarea se ha destinado la antigua edificación por más de cuatro décadas hasta nuestros días.

Después de un tiempo como Arzobispo de La Habana, convencido de la necesidad de un espacio más adecuado para la oración, el estudio y el silencio por parte de quienes se preparan al sacerdocio en Cuba, prendió en mí la idea de revivir de nuevo el proyecto original del Cardenal Arteaga, de tener un seminario adecuado para una seria formación de los futuros sacerdotes cubanos.

Este proyecto se fue fraguando poco a poco, y cuando nos visitó el querido y recordado Papa Juan Pablo II en 1998, al final de la Misa en la Plaza de la Revolución, dos seminaristas presentaron al Santo Padre la piedra que sería colocada como primer objeto de obra en el nuevo seminario cuya construcción ya se planeaba.

Aquella misma tarde, en el aeropuerto de La Habana, reunidos los obispos cubanos con la alta dirigencia de la Revolución para despedir al Santo Padre que retornaba a Roma, se hizo referencia en el grupo a la bendición otorgada por el Papa a la primera piedra de un nuevo seminario. En esa ocasión el Presidente Fidel Castro prometió apoyo para que este proyecto pudiera realizarse.

Esta promesa se ha cumplido fielmente y agradezco en nombre de la Iglesia, tanto al antiguo Presidente como al actual Presidente Raúl Castro, que nos honra con su presencia, que esta obra haya contado hasta su conclusión con el apoyo estatal, para poder realizarla convenientemente.

Las facilidades para las importaciones indispensables, el pago en moneda nacional, a precio de costo, de materiales y servicios que podían brindarse en Cuba, son algunas de las facetas más importantes de esta valiosa ayuda. Quiero extender también la gratitud mía y de nuestros ingenieros, arquitectos y constructores, a las varias instancias del gobierno que colaboraron con efectividad, desde el ministerio de la construcción y la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, hasta las empresas de servicio eléctrico

y telefónico, así como a los empleados de distintos organismos estatales, que se esforzaron codo a codo con nuestros trabajadores para la culminación de esta obra, iniciada hace aproximadamente cuatro años.

Gracias a la firma Omega Ultramar, por su asesoría y sus gestiones de importación. Gracias a la ingeniera, los ingenieros y arquitectos que se han hermanado con amor en una obra que han realizado con la mente, con los brazos y con el corazón. Gracias a esos obreros, trabajadores anónimos y a un tiempo fundamentales, para que esta obra tenga un acabado admirable. Sus huellas están en cada una de estas piedras, sus nombres están escritos en el cielo, desde donde Dios conoce y ama a cada uno de ustedes.

Justamente, para ahondar en el conocimiento y el amor de Dios se abre este Centro. No es una escuela, es un Seminario y esta palabra significa semillero, siembra que fructifica. Aquí se sembrará el amor a Dios y a nuestro pueblo en los futuros sacerdotes de Cuba. Es una casa de la Iglesia y por eso están aquí presentes Arzobispos, Obispos, sacerdotes y laicos de Iglesias hermanas. Sin su ayuda no hubiera sido posible levantar este Seminario. Quiero agradecer ante todo en la persona del Caballero Supremo de la Orden de los Caballeros de Colón, Sr. Carl Anderson, aquí presente, la ayuda valiosa que esa asociación de hombres católicos norteamericanos nos ha brindado.

Ella ha constituido el apoyo esencial para su realización. También deseo agradecer al Sr. Frank Ward de la Diócesis de Boston, que no se encuentra presente, su notable colaboración, así como a la Conferencia Episcopal Italiana, a la Iglesia de Alemania, y a los hermanos obispos, sacerdotes y laicos de otras Iglesias de Estados Unidos, de Francia, de España y de Latinoamérica, que también nos han apoyado. Se hace aquí real el misterio de la Iglesia que es Una y se realiza con sus características propias en cada país o región. Y no podemos olvidar la ayuda brindada desde su pobreza por las comunidades católicas de nuestra diócesis.

Queridos hermanos y hermanas: en esta casa de oración serán siempre recordados en el Señor.

He hablado de semillero, de siembra fructífera en los corazones de los seminaristas, me he referido a este sitio como casa de oración y de estudio que es más que una escuela. Porque el Seminario, en efecto es, en una Iglesia determinada, el corazón de ese cuerpo eclesial. Por esto al referirme a la adecuación del lugar no quería indicar con ello las facilidades técnicas y habitacionales que encontrarán aquí los seminaristas. No son realidades sólo ambientalmente nuevas a las cuales deben acostumbrarse y que facilitarán sus esfuerzos, sino un espacio vital donde cada seminarista pueda encontrarse consigo mismo. Es en lo hondo de su ser donde escucharán los futuros sacerdotes la voz de Dios que los llama y les pide olvido de sí mismos y entrega a sus hermanos.

No sólo nuestro seminario ofrece una buena formación académica, con la posibilidad para los seminaristas de obtener su bachillerato en Teología, al estar esta Casa de estudios afiliada a la Universidad Gregoriana de Roma. Esto es importante, pero sin olvidar lo esencial: el silencio interior que acompaña a la paz espiritual, en el cual ustedes, queridos seminaristas, escucharán al Señor que les habla. Esta será la condición para que puedan, en su momento, hablar de Dios a su pueblo, porque de hablar de Dios se trata y más que eso aún, que nuestra vida hable por sí misma del Dios en quien creemos.

No vienen ustedes aquí a encontrar formas de difusión del mensaje cristiano, no es cuestión de formas o de preparación técnica, sino de contenido, pues de un corazón vacío de Dios no sale ninguna palabra que sus fieles y nuestro pueblo en general puedan recibir con provecho: "De la abundancia del corazón habla la boca" y no esperan de nosotros otra cosa los hombres y mujeres que nos rodean, adultos o jóvenes, sino una palabra que los abra a realidades hondas del espíritu. En suma, que el sacerdote y el seminarista, de un modo u otro, deben hablar de Dios a su pueblo.

Siguiendo al Papa Benedicto XVI en varias de sus últimas intervenciones repito, parafraseando de algún modo sus palabras, lo que ha dicho el Santo Padre: Dios es necesario a la sociedad, para creyentes y no creyentes porque, según su mismo decir, "es mejor vivir como si Dios existiera, aunque no se crea en El, que vivir simplemente como si Dios no existiera, aún creyendo en El".

En último término es la fe en Dios, o la presencia sospechada o cierta de Dios en el horizonte de nuestras vidas, la que garantiza los valores en la sociedad, la que apoya las virtudes del ser humano en su vida familiar y social, la que fundamenta la espiritualidad del pueblo. Es mirando hacia lo alto como el hombre y la mujer se sobrepasan en su vida diaria y son capaces de superar crisis, de evitar rencores, de amar y perdonar.

Hay un mensaje impregnado de fe en Dios que alcanza lo mismo al creyente que al no creyente, al profesional que al campesino, al hombre como a la mujer. Pueden ser palabras similares a las de uso común, pero dichas de corazón a corazón en nombre de Dios, movidos por nuestra fe en El.

Esta es la importancia fundamental de esta casa, de su entorno, de la privacidad de sus habitaciones, de la belleza de su capilla, de sus campos de juego, de sus salas de recreación, de la presencia de religiosas que

traerán a ustedes, queridos seminaristas, el sentir femenino en las relaciones con Dios y con el prójimo. En suma, este ha de ser un lugar de encuentro con Dios.

Por eso he dejado para este instante esa acción de Gracias a Dios, que es el primero en el orden de la intención, pero que nos ha acompañado siempre durante la realización de este proyecto. El, por medio de su Hijo, Jesucristo, nos decía al comienzo de este quehacer constructivo: “No teman, yo estaré con ustedes siempre” y nos lo repite hoy en nuestra mirada de futuro.

Mañana es la fiesta de San Carlos Borromeo, patrono principal del Seminario. Fue San Carlos el paradigmático hombre de Dios que promovió la reforma de la Iglesia como joven obispo y cardenal en tiempos de crisis. El tuvo al Seminario en el Centro de sus preocupaciones. Sólo se transformaría la Iglesia, si se reestructuraban los Seminarios, pensaba él con razón, porque el sacerdote es fundamental e insustituible en la Iglesia y es el seminario el que lo forma.

Bajo su santa mirada pongo, pues, esta obra, concluida en sus inicios, pero que debe continuar haciendo camino en la conciencia y el corazón de los futuros sacerdotes cubanos. Es un nuevo edificio, con modernas instalaciones, pero es el mismo Seminario que fue San Carlos y San Ambrosio en los inicios, gloriosos para el pensamiento cubano, del siglo XIX. Es el mismo Seminario que se llamó de El Buen Pastor, que debió retornar después al antiguo edificio con nueva entrada por la Avenida del Puerto y no por la calle San Ignacio. Es nuestro Seminario de más de 200 años, con su historia gloriosa y sus avatares, con sabios y santos sacerdotes y obispos salidos de sus aulas. Con el Seminario se muda también para acá su historia, viene con él aquí, no se queda olvidada ni encerrada en un viejo caserón, porque no es así la historia de la Iglesia, porque Cristo triunfante y resucitado hace todas las cosas nuevas.

Que Nuestro Señor Jesucristo, a quien San Carlos consagró su vida para bien de los hermanos, habite siempre como primer huésped de esta casa y viva en los corazones gozosos de los seminaristas, de sus formadores y profesores, y de los sacerdotes que se formarán aquí para servir al pueblo cubano. Son ustedes quienes escriben la historia de hoy en nuestro Seminario de siempre.

Muchas gracias.